

097/063/035

He llegado a Alemania con un antiguo sentimiento de amistad y con un lógico interés por contemplar de cerca el prodigioso resurgir de este pueblo en los últimos lustros. Dejadme que os diga desde ahora que al regresar a mi país lo haré con la emoción sincera de quien ha podido medir vuestra cordial hospitalidad, con la profunda gratitud que merece la acogida que me habéis dispensado y con la firme convicción de que las relaciones germano-españolas, consolidadas por estos contactos, constituyen un factor decisivo para la cooperación y la paz en Europa.

Este es el resultado inequívoco de las conversaciones que he podido mantener estos dos días con las más destacadas figuras de la República Federal. Su Excelencia el Presidente de la República, el señor Canciller, el Vice-Canciller y Ministro de Economía, mi colega el señor Von Brentano y los demás Ministros del Gobierno que he tenido ocasión de encontrar -aparte de mostrarme su estatura de hombres de Estado- me han ofrecido, con halagüeña unanimidad, la sensación de comprender plenamente la posición española en el momento actual y de querer estimular en todo lo posible las relaciones entre nuestros dos países, no sólo en su mutuo interés sino también en

orden a superiores razones de colaboración europea.

Permitidme que en este punto quiera resaltar la impresión que me ha causado la figura de vuestro Canciller, Doctor Konrad Adenauer, sin cuya contribución decisiva no podrían explicarse ni el presente renacimiento alemán ni el impulso que ha cobrado en estos últimos años la idea de la unidad de Europa. Adenauer, admirablemente secundado por un magnífico grupo de colaboradores, entre los que cabe destacar a ese gran economista que es el Vice-Canciller Erhard, ha sabido situar a la República Federal a la altura moral y material que hoy tiene en el mundo, lograda fundamentalmente por su propio esfuerzo y en ocasiones a costa de sacrificios particularmente dolorosos, en aras de bien común europeo y de la paz.

Alemania y España, unidas en su resuelta oposición al comunismo, confiadas en su firmeza y, por eso, propicias a todo diálogo de paz, montan la guardia -junto con otros países europeos- en las dos fronteras críticas de Europa: la del Este y la del Sur. Esta última es esa "espalda" del Continente donde el comunismo, de momento, no alinea divisiones sino inquietudes, encona problemas, aprovecha injusticias, promueve subversiones y realiza cauta y seguramente, en el aspecto ideológico, un enorme despliegue de captación e infiltración.

Africa es hoy, por eso, un problema europeo. Pero no

sólo en un sentido estratégico y circunstancial, sino también por hondos motivos espirituales, políticos y económicos de valor permanente. La colaboración euro-africana ha de revestir, necesariamente -ante todo por razones de justicia pero también por motivos de eficacia política-, formas enteramente distintas de la explotación colonial. La hora del colonialismo ha pasado para siempre. Esta cooperación debe ser construída sobre las bases del mutuo interés y el mutuo respeto entre todos los pueblos establecidos al sur y al norte del Mediterráneo, porque sólo así el inmenso ámbito euro-africano nos proporcionaría la seguridad de soportar indefinidamente las formidables presiones a las que en el futuro hemos de vernos sometidos por parte de los grandes espacios político-económicos que se están formando en nuestros días.

Ahora bien, sin alargar nuestras preocupaciones hasta un porvenir más o menos distante, hay hechos que reclaman nuestra inmediata atención. Existen en la Europa de hoy problemas acuciantes, cuya solución afortunada es la premisa indispensable para lograr las grandes realizaciones del mañana.

En este orden de cosas, en el campo estricto de la colaboración europea, los españoles estimamos que -pese a todas las apariencias- no podrá darse un efectivo entendimiento político si no existe previamente una auténtica solidaridad económica.

Los gobernantes de la República Federal han probado

hasta qué punto comparten esta posición de principio, acudiendo generosamente con su ayuda económica y técnica a remediar los problemas de desarrollo que tienen planteados otros países europeos.

Pero no se trata solamente de resolver situaciones excepcionales y casos aislados. La solidaridad económica que propugnamos debe alcanzar al planteamiento mismo de la idea unitaria europea.

La solidaridad económica supone que la nueva Europa unida no se haga sólo para unos pocos sino para todos los europeos. No sólo para unos grupos, para unos países, ni en beneficio de unas formas de producción, sino al servicio de la totalidad de los hombres y mujeres de Europa.

Los españoles entendemos que esta solidaridad económica europea comporta una suma de obligaciones y beneficios mutuos, y nadie puede aspirar a gozar de éstos sin poner a contribución su sacrificio, su esfuerzo y su trabajo.

España, en fin, desea contarse, inequívocamente, entre los países que si mucho esperan también mucho quieren aportar a la solidaridad económica del Continente.

Mi país -con el generoso y oportuno concurso de todos los miembros de la O.E.C.E., de los Estados Unidos de América y de algunos organismos internacionales- está llevando a cabo, en estos mismos momentos, un ingente esfuerzo de estabilización económica que pretende consolidar las con-

quistas sociales de nuestro pueblo en los últimos veinte años y continuar elevando incansablemente el nivel de vida de los españoles.

Esta ha de ser, señores, nuestra mejor contribución a la Europa de hoy y de mañana. Una España "unida y en orden" como dijera el Rey Fernando al Embajador Guicciardini; un pueblo con paz social, bienestar económico y altura espiritual que aporte su ímpetu, su trabajo, sus valores cristianos y humanistas a esta Europa nueva, unida y próspera que entre todos vamos construyendo.

Brindo por Su Excelencia el Presidente de la República Federal, por mi colega el señor Von Brentano, por el porvenir de las relaciones germano-españolas y por la realización de los legítimos anhelos del pueblo alemán.